



(Portada de la Iglesia de Miranda de Ebro.)

JUAN SOLDADO, CUENTO POPULAR ANDALUZ,

recogido

POR FERNAN CABALLERO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reengancharse por otros ocho, y despues por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servia ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedis que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole á V., pensó Juan Soldado cogiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Despues de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedis! Pero anda con Dios: nada adelante con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele á rancho
y el pescuezo á corbatín,
las espaldas á mochila
y las manos á fusil.

En esos tiempos andaba nuestro padre Jesus por el mundo, y traía de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¡Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado; yo, que despues de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es mas que una libra de pan y seis maravedis?

Peró San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque despues de servir al rey veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan y seis maravedis, partiré el pan con VV.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

—¿Qué me parece, dijo Juan Soldado, que les he dado de *navetas* á VV., y que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque despues de veinticuatro años de servir al rey solo tengo una libra de pan y seis maravedis, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV.—Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volbiesen á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidió limosna.

—Sobre que juraría que ya les he dado á VV., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque despues de servir al rey veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan y seis maravedis, repartiré estos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedis, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado mas que una libra de pan y seis maravedis, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo y pregúntale lo que quiere, contestó el Señor.

Hizo así San Pedro, y Juan Soldado, despues de pensarlo, le respondió que lo que queria era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan mas blancas que jazmines, y unas longanizas que decian comedme.

—¡Al morral! gritó Juan Soldado en tono de mando, y cáteme V. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas rasteándose mas súptas que culebras, encaminándose hácia el morral sin perder la derecha. El montañés dueño de la tienda, y el montañuco su hijo, corrian detrás dando cada trancozo que un pié perdia de vista al otro; pero ¡quién los atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinias cuesta abajo, y las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comia mas que un cáncer, y aquel día tenia mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército tenia alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que despues de veinticuatro años de servir al rey, solo me hallo con una libra de pan y seis maravedis que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si queria lo alojaria en una aldea cercana, á la que nadie queria ir porque habia muerto en ella un condenado, y que desde entonces habia asombro; pero que si él era valiente y no le temia al asombro, podia ir, que allí hallaria de cuanto Dios crió, pues el condenado habia sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó este, y allá voy á encamparme en un decir tilín.

En aquella posesion se halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, y los sobrados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo á prevencion por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les destapa la vena del miedo; en seguida encendió candelas y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decia:—¿Caigo?

—Cae sí te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar mas sustancia que una libra de pan y seis maravedis, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo, que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre? le preguntó Juan Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pié que no.